

á la escuela, al maestro. ¡Oh! ¡sí como el misionero fué un maestro de escuela, el maestro de escuela pudiera ser un misionero!....

Pedro de Gante, que enseñaba á los indios lo que él sabía y lo que, ignorando el idioma, podía comunicar con inclita paciencia, leer, escribir, rezar, cantar, tocar algunos instrumentos músicos, probablemente para emancipar á sus educandos del teponastle y la chirimía, que tanto deben de haber contribuído á mantener en ellos el instinto feroz que saciaban en sus interminables guerras; Martín el Custodio, que iba descalzo de una costa á otra, predicando sin cesar con su intérprete, porque jamás pudo aprender alguna de las lenguas del país, pero predicando, sobre todo, con la sublime elocuencia del ejemplo, con la humildad, con el cariño, con la pobreza y con las lágrimas, son tipos de estas épocas de fervor y de abnegación sin límites.

Mas junto con ellos, ó poco después, aparecieron los hombres que sistematizaron, digámoslo así, el apostolado cristiano y tuvieron conciencia clara de su misión, no sólo como propagadores del Evangelio, sino como redentores de los indios. Fueron muchos, fueron legión; no sólo predicaron aquí, sino en España; no sólo ante los indios, sino ante los conquistadores; no sólo ante los déspotas en la Nueva España, sino ante los monarcas en la Corte; en ese admirable grupo resaltan cuatro obispos, cuatro hombres que, con su caridad y con su fe, sellaron los títulos de la patria potestad ejercida por la Iglesia sobre el pueblo conquistado: Las Casas, Zumárraga, Fuenleal y Quiroga; el primero, en aquel siglo en que la humanidad toda pareció crecer de un palmo, descuella, es una gigantesca figura moral: fué el hombre de una idea, de ésta: «Los indios tienen derecho á ser cristianos, por consiguiente tienen derecho á ser libres; la conquista es, por ende, la violación perenne de un derecho: es deber de buen cristiano deshacer la obra de iniquidad.» Venido á las Antillas desde los albores del siglo xvi, tuvo juntamente conciencia de su vocación de apóstol y de la sacerdotal; ante los primados de la Iglesia española, ante el Consejo de Indias, ante el monarca, reclamó el derecho de los indios á la libertad, pero con tanto tesón, con tanto fervor, en términos tan absolutos, que aun hoy asombran por su humanitaria temeridad; la desaparición de la raza conquistada en las Islas, gracias al maltrato de los conquistadores, había dejado en su alma indelebles huellas; había sido testigo presencial de esta catástrofe. En su obispado de Chiapas, convirtiendo y amparando á los indios; en la Corte, en donde obtuvo la promulgación de las famosas Nuevas Leyes que ponían coto, de golpe, á los supuestos derechos de los conquistadores, convirtiéndolos en simples deberes; en México, en donde, comunicando su celo incendiante á otros, hizo declarar que la Conquista sólo había sido permitida por la Iglesia para hacer cristianos y no vasallos, ni esclavos, ni siervos; ya obligando al monarca á confiar la adquisición de nuevas tierras á las prédicas de los misioneros, ya al virrey Mendoza á disponer ensayos formales de conquista pacífica por medio de los frailes, ya escribiendo sus vehementes folletos y ya la inestimable historia de los descubrimientos y conquistas, Las Casas no abandonó nunca su obra, no se desalentó en su bendita labor de caridad. El odio de los conquistadores, y hasta de algunos frailes (Motolinia), le siguió siempre y lo estimuló. Fué un gran cristiano, y nosotros, los americanos, nos mostramos más descendientes de los encomenderos que de los indios, y de unos y otros venimos, escatimando homenajes y monumentos al dominico español; exageró y

abultó quizás la bondad esencial de los indígenas y la maldad de sus explotadores, no tanto como otros documentos lo demuestran. Pero aun así, esta clase de hombres que exageran y extreman de buena fe la pintura del mal, son necesarios en las épocas de crisis; así el remedio, aunque sea deficiente, viene pronto.

Zumárraga, el primer obispo de México, nombrado protector de los indios, como lo había sido Las Casas, á pesar de su celo religioso, que le llevó como á todos los convertidores de su época y de todas las épocas á tomar medidas inhumanas para llegar á su fin (destrucciones de ídolos y de documentos quizás, y condenación de un indio refractario, á la hoguera); á pesar de eso, merece un lugar preminente entre los defensores de la raza conquistada, entre los pacificadores; su conducta, frente á frente de la tiranía de la primera Audiencia, un tribunal de desalmados, para impedir que, permitiendo todo abuso contra los indios, que parecía ser el programa de los oidores, fuesen exterminados, fué heroica; se declaró el obispo único juez de indios, en virtud de su encargo de protector, y de aquí la lucha, que tomó terribles proporciones, entre el poder civil y el eclesiástico; éste defendía la justicia y el derecho, y de su parte, aun de sus usurpaciones, se pone la Historia, que, á riesgo de ser infiel á su aspiración á ser puramente científica, es decir, una escudriñadora y coordinadora impasible de hechos, no puede siempre desvestirse de su carácter moral. Zumárraga, cuando terminó la tiranía, dedicó todo su celo á levantar el alma de los indios; su idea era ésta: la prueba de que el indígena es un ser perfectamente racional, es que puede subir á las cimas de la razón pura; y fundó el colegio de Tlalotelco, una verdadera escuela normal, en que se formaban los futuros profesores y convertidores, y en que las discusiones sobre puntos teológicos y filosóficos eran tan ardientes que asustaban, como obra del diablo, á los enemigos de la instrucción de los indios; fundó también un colegio para educación de las niñas indias, que no tuvo buen éxito. Todo esto era apostólico y sabio: se trataba de que, como Cortés se había servido de los indios para la conquista de los imperios, la Iglesia se sirviese también de ellos para la conquista de las almas.

Ramírez Fuenleal, el presidente de la segunda Audiencia, fué después de Cortés, más



Fray Juan de Zumárraga

que Cortés, quien puso todo el poder de la autoridad en la promoción del bienestar y la redención de los indios; él inauguró la casi nunca interrumpida era de paz en que se formó lentamente la nacionalidad mexicana.

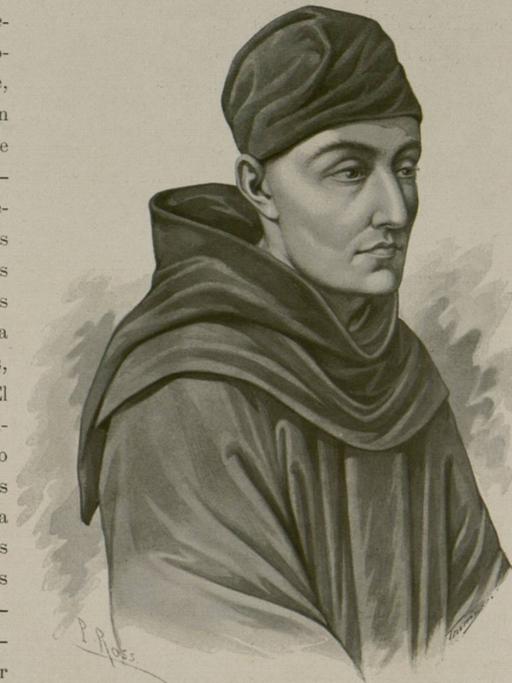
Quiroga fué el compañero y principal colaborador del obispo Fuenleal; ya lo hemos visto, á fuerza de bondad y justicia, pacificar á los tarascos y organizar, con una curiosa distribución del trabajo (un oficio en cada pueblo), la industria y la riqueza de Michoacán, que luego fué su obispado. En México y luego allí, este varón santo estableció colegios y hospitales; estos hospitales fueron ingeniosos ensayos de comunismo cristiano, eran *falans-terios* episcopales, lo dijimos ya, construídos y reglamentados para aliviar la miseria de los indios, «miseria pocas veces vista ni oída que padecen los indios pobres, huérfanos y miserables, que se vendían á sí mismos y permitían ser vendidos, y los menores y huérfanos eran y son hurtados por los mayores para ser vendidos, y otros andan desnudos por los *tianguis* aguardando á comer lo que los puercos dejaban,» dice el mismo señor Quiroga. En estos establecimientos se procuraba conjugar las tendencias á la vida comunal y á la constitución de personalidades colectivas, propias de la familia indígena, y la iniciación en la plenitud de la vida civil y del trabajo cooperativo. El comunismo, es bien sabido, lejos de ser la forma de las sociedades del porvenir, es la de las del pasado.

Estos inclitos varones fueron los que guiaron y dirigieron la obra magna de la pacificación; limitaron el poder de los gobernantes para el mal, sofrenaron la rapacidad de los amos creados por la Conquista y aquietaron y trataron de levantar á los conquistados. Paz y civilización eran sinónimos.

La obra de los pacificadores, admirablemente secundada por las órdenes religiosas, se fué adulterando cuando los apóstoles desaparecieron; después de los iniciadores, vinieron los organizadores, después los explotadores. Cuando el peligro que se corría en la tarea de convertir á las tribus bárbaras que rodeaban, como una cintura de movediza é infijable arena, la tierra conquistada, estimulaba el celo y despertaba el espíritu de sacrificio, el fraile tornaba á ser el misionero y resplandecía, en torno de su cabeza, el nimbo de los apóstoles y los mártires; pero en donde ya la generación de la Conquista, cristianizada de grado ó por fuerza, convertida en masa, antes que por las prédicas, por la sumisión á sus caudillos, que se rendían (por lo que se ha podido decir que en la cabeza del emperador Cuauhtemoc fué bautizado el mundo azteca); cuando á esta generación sucedió, al mediar el siglo, otra que había nacido cristiana, los frailes no tuvieron más que trabajos de rutina que desempeñar, y fueron dejando caer de sus manos de explotadores muchos de los grandes pensamientos puestos en planta por los Quiroga y los Zumárraga. Entonces comenzó el sueño moral de la gran familia indígena. En donde estaba, al pie del altar, allí quedó, y en nuestros días yace todavía en grandes grupos en el mismo estado, con las mismas costumbres y las mismas supersticiones; tiene que silbar mucho tiempo la locomotora en sus oídos para arrancarla del sueño, tiene la escuela que soplar la verdad en sus almas por dos ó tres generaciones todavía para hacerla andar.

El fraile, cuando las disposiciones de los monarcas pusieron en sus manos á la raza conquistada, luchó por el dominio de ella con el fraile. El franciscano con el dominico, que había llegado después y apretó el paso para ponerse al nivel de sus predecesores; los fran-

ciscos siempre estuvieron contra los abusos de la autoridad, los dominicos del lado de ésta; los primeros eran los liberales, como diríamos ahora; los segundos, á pesar de los inmensos servicios prestados á los indios en la Corte, fueron conservadores. Luego vino la lucha entre el fraile y el obispo, que quería ir eliminando de los curatos á los regulares y poniendo en su lugar á los clérigos; los frailes resistían á esto, que les parecía una usurpación; ellos habían sembrado y regado, otros venían á cosechar. Entretanto el país entero se cubría de templos, pocas veces artísticos, casi siempre sólidos y costosos. ¿Costosos? No; no para sus constructores: pupilo, hijo amado del fraile, el indio recibía de sus padres (los *padrecitos*, como llama todavía á los sacerdotes), no sólo los duros correctivos que, en aquel tiempo, los padres usaban con sus hijos, no sólo eran frecuentemente azotados, sino que poco á poco tuvieron por ellos la inmensa y pasiva obediencia que tuvieron antaño por sus caciques y sacerdotes; la obediencia los convertía en siervos de hecho, y estos siervos eran empleados en la tremenda tarea de levantar iglesias y conventos, sin recibir ni salarios ni alimentos. El arzobispo Montúfar, hombre inteligente y desapasionado, ha dictado el fallo condenatorio sobre la conducta de los frailes en este punto; él ha dicho la carga insostenible que cayó sobre los hombros de la raza indígena, con estas construcciones, y los abusos terriblemente paternos de quienes en realidad se hacían mantener y alojar por sus protegidos.



Fray Bernardino de Sahagún

Poco á poco, no sin tropiezos, la Iglesia fué haciendo normal y ordinario su dominación social; dominicos y franciscanos fueron acomodándose en el goce rutinario de su situación privilegiada, de su bienestar beato, en la paz de la conformidad absoluta de la raza conquistada y de la que de ella iba naciendo. El clero secular, educado en las universidades, en los seminarios, había compartido al fin del siglo una parte del poder con los frailes. Las vehementes disputas primitivas sobre si eran ó no válidos los bautizos que, casi sin más ceremonia que la aspersion y una fórmula breve, habían hecho los primeros misioneros, en virtud de la facultad apostólica que del Papa habían recibido, habían terminado ya, eran sólo un recuerdo histórico; los matrimonios, que tanto habían dado que hacer en los primeros años de la organización, por la poligamia en que vivían todos los caciques, á quienes sus vasallos ó *macehuales* daban sus hijas «como fruta,» dice un cronista, para que les sirvieran como mujeres y como criadas,